El hombre tranquilo

Por María Jesús García Aguilar

Si la película de Jonh Ford “El hombre tranquilo” no despertara en mí los más furibundos sentimientos feministas, me encantaría decir que conocer a Román a lo largo de estos años me ha proporcionado la sensación de estar junto a una persona a la que admiras, casi más por su pasado que por su presente.

Como el personaje de Jonh Wayne, que con aplomo admirable contenía sobre sí una gran historia, cuando miro a Román, generoso en la escucha, comedido en la dialéctica, conciliador en la disputa, amigable, riguroso y honesto en todos los momentos del día, pienso en cómo debió ser aquel periodista antes de que en España hubiera democracia y cuando la libertad de expresión era un gran problema para los ciudadanos y, de manera especial, para los periodistas.

Cierto que nuestro hombre tranquilo no es tan mayor, aunque ahora el calendario dicte que toca pasar a los cuarteles de invierno. Lo importante es destacar que pertenece a esa

generación bisagra, que vivió con rabia los últimos coletazos del franquismo y que contempló con esperanza los albores de esta democracia.

Probablemente, en ese punto de la Historia de España y de su trayectoria vital se forjó el gran periodista que conocemos hoy, el que nos anima a salir a la calle a luchar por nuestros derechos, el que reconoce los problemas antes de que se produzcan, el que camina sereno por la delgada línea que separa la calle de las barricadas. Así es Román.

Pero, además del periodista, también está la persona. Tengo mucho que agradecer a José Manuel, pero, sin duda, lo más importante son sus palabras de aliento en momentos complicados de mi vida, vida de periodista, siempre difícil, siempre cambiante, siempre asfixiante, estresante, al borde continuo del precipicio. Por eso, quiero darte las gracias y hacerlo con tus propias palabras: “Ánimo, campeón”. Y decirte que el combate contra el reloj ha acabado y que ha llegado el momento de disfrutar del tiempo, que espero puedas seguir regalando al gremio de periodistas.